



**Pregón de la Semana Santa
Holy Week Proclamation**

Cartagena 2025

GONZALO WANDOSELL FERNÁNDEZ DE BOBADILLA

Pregón de la Semana Santa
Cartagena 2025

GONZALO WANDOSELL FERNÁNDEZ DE BOBADILLA

© Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla

Fotografías:

© Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena

Imprime:

Imprenta Nicomedes Gómez, Cartagena

Dep. Legal:

MU-136-2025





**Pregón de la Semana Santa de Cartagena
pronunciado por el
Sr. D. Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla
el sábado día 8 de marzo de 2025,
en la Sala Isidoro Máiquez, del Auditorio Municipal de El Batel
Paseo Alfonso XII, s/n, Cartagena**

Dedicatoria

Entrada. Un legado familiar

Saludos

Primera parte. Una vivencia emocional y devocional

Segunda parte. Vínculo y homenaje

Semanas Santas de Cartagena y La Unión: un vínculo de fe
Virgen de la piedad: íntima contrición

Tercer parte. Evolución de la Semana Santa

Identidad frente a innovación

Dificultades económicas

Desastres históricos

La emulación y la colaboración

Aprendizaje y responsabilidad

Cuarta parte. Cierre: bendito sacrificio

Dedicatoria

Cada palabra que voy a pronunciar hoy nace del amor profundo por la Semana Santa y por Cartagena que me legaron mis padres: Gonzalo Wandosell Morales y María Dolores (Laly) Fernández de Bobadilla Bufalá ¡Va por ellos!

Entrada

Un legado familiar

Gracias, Cartagena. Gracias a todos los que estáis aquí y en vuestras casas, por arroparme. Este atril impone. No lo niego. Por eso he invocado al Espíritu Santo hace un momento para que me ilumine; y ahora apelo a vuestra indulgencia, la que merece todo acto de amor...

Querida alcaldesa, la misma noche en que recibí tu llamada, un amigo, sabio y de confianza, me dio tres consejos sobre este pregón: «se razonablemente breve, abre tu corazón sin ningún óbice y, sobre todo, procura que no se transparente demasiado tu color».

Las dos primeras peticiones son «marca de la casa», y con la tercera supongo que se refería a lo que todos queremos saber de los demás en estos días: si su color es el negro, el rojo, el morado o el blanco.

En lo que respecta a los colores, en mi caso es fácil.

Quienes me conocen «un poquito» saben que son: el rojo... y el verde..., sí, el verde, y no porque yo escriba en tinta verde desde los diecisiete años, sino por lo que la gran Carmen Conde escribió hace casi cien años en un poema:

«Del faro rojo al faro verde. Del faro verde al faro rojo.
¡He abierto la madrugada, caminando de faro a faro!».

(Carmen Conde. Brocal. 1929)

Yo abrí mi vida así, yendo del faro rojo al faro verde y del faro verde al faro rojo, porque según me contaban mis padres, cuando en mis primeras noches me entraban unos berrinches impredecibles e insondables, cogían el coche, e iban de un faro al otro esperando pacientemente a que cayera en los brazos de *Morfeo*.

Desde entonces, llevo esos dos colores, el rojo, del faro de Navidad, y el verde, del faro de la Curra, estampados en mi ADN...

Dejando ese asunto de los colores a un lado, hoy he venido, con humildad y sencillez, a leeros el pregón que he escrito con pasión y responsabilidad...

Pero reconozco la excepcionalidad de este momento, y por eso, antes me gustaría sincerarme con vosotros, confesaros algunas cosas, y contaros unas vivencias personales.

Confieso que Cartagena es mi «terruño», mi «Macondo» particular, y nunca, nunca, me siento más cartagenero que en estos días de pasión y gloria. De hecho, yo existo gracias a la

Semana Santa de Cartagena.

Martes Santo de 1962. Una joven sampedrística, mi madre, quería hacer una llamada telefónica en una cabina frente al Rincón de Pepe. No tenía monedas y le pidió alguna a un chaval que no conocía, y que pasaba por allí en aquel momento: mi padre.

Admito también que soy, y lo digo con orgullo, uno de esos cartageneros cuya familia esperaba su nacimiento para inscribirlo en la cofradía californiana. En eso no había discusión. La decisión difícil, aplazada hasta mi nacimiento, radicaba en elegirme la agrupación.

Os cuento. Mi madrina pertenecía a la Virgen del Primer Dolor; mi tío abuelo Emilio a la Santa Cena; mi abuelo paterno, como buen artillero, era del San Juan; otros familiares, de los judíos; mi padre había fundado con unos amigos la Coronación de Espinas; y mi madre y mi abuelo materno, los advenedizos, bebían los vientos porque yo fuera del San Pedro.

Solo había una consigna clara: una única agrupación debía ser la elegida.

Al día siguiente de mi bautizo, ya siendo católico, me apuntaron en la cofradía y al llegar el momento de decidir la agrupación, mi madre, la eterna Laly, zanjó la discusión antes de empezar

confesando que, aliándose «a la sordina» con varios dirigentes del San Pedro, me había inscrito en la agrupación un mes antes de nacer.

Por tanto, vine al mundo siendo ya sampedrista, y ni mi padre, ni nadie, pudo hacer nada.

Con apenas tres años empecé a salir con mi madre de nazareno el Martes Santo, y, en mi infancia y adolescencia, mi abuelo paterno Álvaro y mi tía Sol Wandosell me inculcaron a fuego los valores de nuestra Semana Santa.

Con diecisiete años me fui a estudiar a Madrid, durante más de una década ejercí de cartagenero ausente, y al regresar a Cartagena en 1996 me incorporé a los caballeros portapasos del San Pedro, y entonces mi padre me pidió que cumpliera uno de sus sueños: que yo saliera de penitente de la Coronación de Espinas.

Yo no lo tenía claro. Mi dislexia y mi falta de ritmo y coordinación me habían alejado del tercio de San Pedro en mi infancia, y me advertían del posible desastre, pero no quería decepcionar a mi padre, y tenía la inquietud intelectual de vivir la Semana Santa desde la intimidad que se genera detrás los orificios del capuz.

Y al final lo hice. El 26 de marzo de 1997, Miércoles Santo,

me inflé de valor e ilusión, y bajé la rampa de Santa María de Gracia al ritmo del tambor. Lo recuerdo como si fuera hoy. Era el penúltimo capirote de la fila de la derecha.

Pobre de mí, lejos estaba de adivinar entonces mi odisea de las tres siguientes horas...No es que perdiera el paso alguna vez, es que nunca lo encontré...

Nada más bajar la rampa, el tambor y yo nos separamos. Yo miraba todo el rato al frente y a los lados a mis compañeros para no perder el acompasamiento y la distancia. Siempre estaba perdido. Escuchaba mensajes de ánimo, y en alguno creí reconocer a mi padre. «¡Venga que tú puedes!» «¡Tú lo vas a conseguir!». Sufría en silencio. Lo asumí como mi penitencia.

Al final me di cuenta de lo inútil de mi lucha, me relajé y por fin entré al ritmo del tambor, solo para descubrir que en ese momento ya subíamos la rampa en la iglesia, de recogida.

Mi padre entendió mi renuncia a su sueño, y desde entonces me concentré en la bendición de ser portapasos de San Pedro, me incorporé a la «Capilla Polifónica Francisco Zabala», y a la compañía teatral californiana «La Linterna», donde compartí escenario con mi madre representando La Venganza de Don Mendo y el Don Juan Tenorio.

En 1998 tuve la oportunidad de ser portapasos fundador de la Virgen de la Esperanza, y eso me permitió reencontrarme con mi deseo de poder disfrutar durante muchos años del recogimiento anónimo tras los dos orificios del verdugo, porque como dijo la poeta unionense María Cegarra: «Llevando el mundo dentro y los ojos vacíos se puede soñar y cantar». (María Cegarra. Cristales Míos. 1935).

Después de casarme, gracias a San Pedro, porque conocí a mi mujer en un paréntesis a mi vuelta al mundo para sacarlo a hombros, mi madre evitó su acercamiento a los marrajos, y la envolvió rápidamente, junto con mis hijos, con el manto de San Pedro. Todos sampedristas y californios por decreto materno. Aunque luego ella se hacía trampas a sí misma, y viajaba por el mundo solo con Mariana y sus amigos marrajos.

Al retirarme de portapasos en 2014, por voluntad propia, seguí saliendo de nazareno con mi madre el Martes Santo y acudiendo con ella a todo tipo de actos de Semana Santa, a los que sigo yendo en su homenaje, como la recogida de juguetes para caridad cada 28 de diciembre, en la que se sentaba al final de la sala capitular, y, como una «reina madre», organizaba la actividad, y ponía las pilas a los juguetes y, de paso, a todos los que estábamos allí. Un recuerdo imborrable. Y, para compensar, comencé a acompañar a mi padre a entregar los faroles a las señoras de la junta de damas que salen detrás de la Virgen de la Esperanza. Algo que sigo

haciendo con mucho orgullo hoy en día en honor a él.

Allí descubrí mi momento especial, mi «lugar» favorito de la Semana Santa, al tener la posibilidad de vivir la salida de la procesión del silencio desde dentro de la iglesia.

Se lee el reglamento, la oscuridad nos invade, las puertas se abren y los tercios se forman delante del altar mayor, y salen a la calle, aunque, en realidad, parezca que vayan de Cartagena directos al cielo...

Mis padres sí que ya recorrieron ese camino, pero yo sigo viéndolos cada Semana Santa.

A mi padre lo imagino como uno de los sayones del trono de la Coronación de Espinas, que lo podía haber sido si él y su inseparable amigo Manolo Flores no hubieran trasnochado cuando el escultor Federico Coullaut-Varela los citó para utilizar sus rostros de modelo; y a mi madre como portadora que fue de una de las borlas del sudario del tercio masculino de San Pedro, sí masculino, algo que en los años 60 pocas mujeres podían soñar...

Comparto con vosotros estas experiencias personales porque me gustaría que con este pregón quedaran claras dos verdades:

Primero, que la Semana Santa, para mí, se define en dos

palabras: mis padres. Laly y Gonzalo.

De la misma manera que el protagonista de «Cien años de soledad» de Gabriel García Márquez aferraba el recuerdo de su amada en los ríos y montañas de Macondo, yo ato la memoria de mis padres en nuestra Semana Santa. Cada tercio, cada imagen, cada trono, cada marcha o cada salve son para mí una fuente de dolor, porque ya no los tengo, pero también de dicha, al aceptar que esos recuerdos son la prueba de que una vez los tuve.

Yo disfruto esos días viviendo el sueño de mis padres, y el de mis antepasados. Y si lo pensáis un poco, vosotros también lo hacéis, al igual que nuestros hijos, nietos y bisnietos vivirán los nuestros en el futuro. Esos infinitos anhelos harán que nunca muera nuestra Semana Santa.

Por esas razones he querido dedicarles este pregón a mis padres. Bendito sea el Señor y benditas sean las buenas personas. Benditos sean Laly y Gonzalo ¡Ser su hijo fue una dávida de Dios!

En homenaje a ellos dos me he acompañado en estas palabras con el *Mektub* de Mariano San Miguel Urcelay, la marcha de Semana Santa favorita de ambos, que cumple cien años. Mi madre, el día que murió me pidió, entre otras cosas, que sonara en su funeral, y se lo había pedido también al vicepresidente ejecutivo de San Pedro. Por mi cobardía y otras razones no

pudimos cumplir nuestra palabra, y los dos teníamos esa espina clavada en el corazón. Blas, espero que con esto nos perdone, más que nada porque me gustaría que tú y yo tuviéramos una tranquila entrada en el cielo, cuando nos toque...

Segundo, que me encanta «cartagenear». No puedo evitarlo. Los que me conocen lo saben. Eso también lo heredé de mi padre. Donde voy por el mundo no tardo ni dos minutos en sacar a colación mi ciudad. Me apasiona ser su embajador.

Guardo la anécdota de una comida en enero de 2016 con un directivo de la ONCE de Madrid, al que no conocía, y que acabó, después de una apasionada charla sobre la Semana Santa de Cartagena, con la imagen del Cristo del Prendimiento, cuya agrupación cumplía setenta y cinco años, en los tres millones y medio de cupones de ese Miércoles Santo, 23 de marzo.

Yo soy también de los que piensa que Cartagena debería ser fundada en cualquier exoplaneta que el ser humano conquistara en el futuro.

Me siento muy orgulloso de mi identidad cartagenera, aunque no siempre puedo expresarlo abiertamente. Pero hoy estoy en mi casa, y ante vosotros sí me sale gritar lo feliz que me siento de ser hijo de nuestra patrona, la Virgen de la Caridad, que es lo mejor que se puede ser.

Por eso os pido que me deis energía para terminar el pregón
acompañándome cuando os digo: Oído cartageneros y visitantes

¡Viva Cartagena!

Otra vez, más fuerte.

¡Viva Cartagena!

Saludos

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Cartagena

Excmo. Sr. presidente de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia

Ilma. Sra. alcaldesa de Cartagena y corporación municipal

Ilmos. miembros de la Junta de Cofradías de Semana Santa

Excmas. e Ilmas. autoridades civiles, militares, académicas y eclesiásticas

Querido Procesionista del Año

Querida Nazarena Mayor

Queridos Paty, María y Jandro. Sin vosotros carezco de sentido, como un Cristo sin cruz.

Querida familia, amigos, compañeros de la UCAM, cofrades y hermanos en Cristo Jesús

Mis queridos padres, siempre presentes

Yo, ante todo, soy cartagenero, cofrade y creyente, por «dialecto paterno y materno», y no me escondo ante los que, siguiendo una corriente cuasi dominante, pretenden rebajarte intelectualmente al anunciarlo. En absoluto.

Hoy vengo feliz, vengo lleno. Pronunciar este pregón es gozo de enamorado, y espero hacerlo bien, porque como afirma Cervantes: «Lo que se sabe sentir, se sabe decir». (Miguel de Cervantes. El Amante Liberal. Novelas Ejemplares).

Tranquilos, no os voy a narrar las procesiones, porque os las sabéis mejor que yo.

Solo pretendo regalaros un viaje a mi alma cartagenera, disfrutar, y enclaustrar este momento extraordinario en mi memoria.

Dividiré el pregón en cuatro partes más: en la primera os llevaré a mi visión de la Semana Santa de Cartagena; en la segunda haré un par de referencias muy especiales para mí; en la tercera relataré un breve estudio histórico de la evolución de las procesiones; y en la cuarta, lo cerraré con otra confesión íntima y necesaria.

Primera parte

Una vivencia emocional y devocional

Permitidme que haga en esta primera parte algunas consideraciones íntimas y personales de la Semana Santa, desde mi fe, y desde mi amor a Cartagena.

Quiero hablaros sobre la solemne y sublime manifestación religiosa que tiene lugar en nuestras iglesias y calles, y voy a procurar hacerlo con «verdad y cordura». (San Pablo, Hechos 26:25).

En mi humilde opinión, la Semana Santa de Cartagena es tradición, liturgia y oración.

El municipio se convierte en una catedral al aire libre, y se revive el acto de amor más grande jamás presenciado. Nuestra Semana Mayor es ¡Dios en las calles!

Lope de Vega concluía y se preguntaba,

«No soy yo Cristo, soy estampa suya,
ni vivo como yo: ¿vive en mí Cristo?»

(Si de piel asperísima vestido. Lope de Vega.)

Le respondo.

Yo creo que Cristo vive en nosotros, y en estos días lo situamos en el centro de nuestras vidas, buscamos intimidad con él a pesar de la multitud, meditamos, reconocemos su grandeza al aceptar su propia muerte; y sentimos la necesidad de anunciarlo a quienes, por increíble que parezca, no lo conocen todavía, o lo conocen mal.

Queremos convertir al público en fieles, y procurar que ninguno se pierda en el camino, porque «vivir es Cristo» (San Pablo. Filipenses 1,21), y el que entregue la vida por su causa, se salvará. (Lucas 9, 24-48).

Los vientos contrarios, incrédulos o disonantes no nos zahieren, porque al igual que *Dostoievski*, entre Cristo y «la verdad» elegimos a Cristo; y «toda vida cristiana consiste en responder al amor de Dios» (Benedicto XVI. Mensaje Cuaresma 2013).

Ya lo dijo Quevedo,

«Quien, por sus enemigos, expirando,
pide perdón, mejor en tal deseo
mostró ser Dios, que el sol y el mar bramando».

(Quevedo. Soneto Vinagre y hiel para sus labios pide.)

Cartagena, fiel a su Semana Santa, se envuelve cada año en seda pasional, a modo de gran fanal, y hace honor al sobrenombre de

«Taller de Guerra» que le puso, en el siglo V, el militar y filósofo griego *Jenofonte*. En este caso, de la «guerra» por reivindicar y amplificar las implicaciones de la pasión humilde de Cristo, dibujada sin igual por el poeta Miguel Hernández.

«...Y entre mil encapuchados con mil llamas de mil cirios,
con las carnes desgarradas aún más pálidas que lirios
y la cruz sobre los hombros, cruza, humilde, el Nazareno».

(Miguel Hernández, El Nazareno. 15 de abril de 1930 en Voluntad.)

Esa celebración universal transmuta en autóctona: la «Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo según Cartagena».

Durante la mayor tradición de la trimilenaria, pura identidad del municipio, la ciudad cambia de color, de aire y de paisaje. Nunca es más ella que en su «perfil pasionario»: cosmopolita, liberal y santa. Cartagena se vuelve revolucionaria, que es lo que le gusta ser. Y no hay nada más revolucionario hoy en día que vivir la fe en libertad, porque, como decía Juan Pablo II, «...vale la pena dedicarse a la causa de Cristo». (Discurso del Santo Padre a los jóvenes, Madrid, 2003).

Los cartageneros cofrades, de toda condición social y cultural, formamos «un solo cuerpo para Cristo», como escribió San Leandro; un gran corazón cofrade, añadido yo, y caminamos al unísono al golpe del tambor. Somos iglesia «en salida», la que

tanto solicita el Papa Francisco, y actuamos como un dique frente a la secularización actual.

Desbordamos nuestra pasión cartagenera más escondida para mostrar en las calles que con actos humildes y sencillos, y con sacrificios generosos, se pueden vencer las injusticias, y transformar con luz renovadora la existencia de los que nos rodean.

Nosotros también cambiamos, aunque no podamos verlo. Fundimos nuestros corazones, y avanzamos conjuntamente camino de la salvación, evitando «guiñadas», y poniendo a Dios en nuestra vida con la Resurrección de Cristo.

Todos ayudamos con ello al desarrollo místico, económico y social del municipio, y aportamos un trocito de nosotros, material, espiritual o emocional, por lo que la Semana Santa nunca vuelve a ser la misma, y aunque nos vayamos, queda impregnada de cada uno. Por eso no se concibe la Semana Santa de Cartagena sin el recuerdo de los que se fueron.

La ciudad entera se mimetiza con Jerusalén. Nos identificamos con la Pasión de Cristo de una forma muy especial, quizá porque es posible que algún habitante de *Cartaghonova* estuviera entonces por aquellas tierras, e incluso participara en esos actos, o porque la propia historia de Cartagena está llena de episodios de gloria, sufrimiento y desprecio; de los que siempre ha renacido

orgullosa, acechante e indomable.

Los cartageneros normalizamos esos episodios extraordinarios, los hacemos nuestros, cercanos. Incluso convertimos en residentes a alguno de sus protagonistas, como a Pedro Marina Cartagena (San Pedro) o a Juan Zebedeo Salomé (San Juan); incluimos imágenes no tan habituales en otros sitios, como Santiago y la Samaritana; convertimos en cuasi procesiones los traslados; bailamos con gracejo alguna imagen al son de un pasodoble, sacamos a la calle nueve vírgenes con diferentes advocaciones para compartir el inmenso dolor y la insoldable alegría, y colocamos azulejos en homenaje a ellas por la ciudad, como sucedía en el siglo XVIII. Os animo a relanzar ese culto popular que yo creo sano.

La Semana Mayor cartagenera es un universo entrañable de emocionantes actos sucesivos y paralelos. Debemos elegir nuestro «lugar» favorito de la Semana Santa, qué momento especial vamos a vivir con el alma: el paso de algún tercio por un sitio de toda la vida, sus salidas o sus entradas, las salves, las levantás de los portapasos, etc., etc., etc. Son infinitos.

Los sentimientos se esconden en cada imagen, en cada paso y en cada flor. A veces basta una mirada. Los disfrutamos como si fuera la primera y única vez, nos edificamos y aprendemos, porque vivimos esos hechos históricos como nuevas experiencias.

Por ello, la Semana Mayor es distinta para cada visitante y para cada uno de nosotros, pero solo tiene sentido cuando los cartageneros comprendemos que todos somos una tesela dentro de un gran mosaico. Debemos acoger incluso a los que la viven con pasión, pero sin fe, o a los que tienen fe, pero buscan otros intereses; aunque nosotros no dejemos de rezar para que acaben «cayéndose del caballo».

Somos mediterráneos, no nos ilusiona la austeridad, pero hay que reconocer que la entrada en nuestra Semana Santa es de despiste.

Arrancamos el Viernes de Dolores de la mano del recogimiento y la introversión de la cera, saltándonos la secuencia narrativa, con un crucificado: el Santísimo y Real Cristo del Socorro. Vendemos tanto nuestro color, nuestra música y nuestra luz, que a veces olvidamos que esa penumbra de Dios es también nuestra Semana Santa.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por enseñarnos a orar bajito y prepararnos el corazón.

Ese mismo día volvemos a saltarnos la esencia narrativa con el sobrecogedor recorrido del Cristo de la Misericordia.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por simbolizar la majestuosa piedad divina.

Los californios nos muestran en otras cuatro procesiones la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y todo el conjunto de sucesos que «derivaron de un simple beso», y el jueves nos envuelven en un oscuro manto de silencio para mostrarnos el sufrimiento homicida de Cristo.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por proveernos de la fuerza interior necesaria para entrar de lleno en los días más duros de la Pasión.

Los marrajos, en cuatro procesiones, nos conceden línea con nuestra Señora del Sexto Dolor, nos arrastran al delirio místico del «encuentro» y nos introducen en la verdadera Pasión.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por sobrecogernos con el callado sufrimiento y la humilde muerte de Cristo y el dolor de su madre.

Y se cierra con la Resurrección del Hijo y la redención de todos los hombres. Las campanas de esperanza y la pura alegría nos invaden al cerrarse la historia de una promesa.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por mostrarnos la respuesta del Padre a la obediencia del hijo, y abrirnos la puerta a un tiempo de renovación y conciliación con Dios.

El afán del municipio por mostrar la Pasión de Cristo es tan grande que lo derramamos en procesiones por varios barrios y diputaciones: Cabo de Palos, La Manga, Los Belones, Pozo Estrecho, Alumbres, El Algar, San Antón, El Barrio Peral, Los Barreros, Los Dolores, El Barrio de la Concepción, La Palma, El Ensanche, La Aljorra, Santa Ana, El Llano del Beal, El Albuñón o La Puebla. Gracias también a quienes lo hacen posible, porque todas definen con singularidad nuestro inmenso espíritu cofrade.

Algunos confunden la Semana Santa con unas fiestas populares, o con una «gimnasia sacra», y participan con un sentido totalmente equivocado, o se alejan en esos días de nuestra tierra, manteniéndose al margen de un rito litúrgico y procesional que consideran huero. Lo respeto, pero corren el riesgo de que Cartagena se convierta para ellos en un lugar de residencia cualquiera, perdiéndose esa parte de su alma mística que, sin embargo, lleva a algunos dolorosos exiliados a regresar cada año para renovar su sangre y su fe cartagenera.

Nuestra Semana Mayor es mucho más que unas fiestas, es arte sacro y urbano, sí.

Es una obra de arte total, una *Gesamtkunstwerk*, que es como Richard Wagner calificaba a la ópera por integrar seis artes distintas. La Semana Santa conforma un paisaje que se nutre de la escultura, la música, la literatura, las artes suntuarias y culinarias,

el arte floral, la pintura, la fotografía, el dibujo y la arquitectura; pero si no pone a Dios en el centro pierde todo su sentido: se vacía.

En esa manifestación comunitaria de piedad popular son importantísimos los elementos ambientales, como la actitud del público, los efectos de sonido o la iluminación.

Un nítido recuerdo que tengo de infancia es cómo la delegación de sindicatos de Cartagena formaba, en los años setenta, una gran cruz en una de sus fachadas con las ventanas iluminadas en rojo. Desde este atril animo a los particulares a participar en el concurso de balcones y fachadas, organizado por la Asociación de Mujeres Cofrades de Cartagena y el ayuntamiento, y a los responsables de los edificios institucionales a hacer lo mismo fuera de concurso.

He leído, y oído, que algunos se refieren a la Semana Santa como días de arte efímero, pero a mí nada me parece más perenne en la vida: un territorio de certeza en tiempos de inseguridad, desasosiego y desorden.

Los cartageneros abordamos la Semana Santa con el disfrute de una rosa recién abierta, que, aunque va muriendo día a día, sabemos que renacerá al año siguiente.

Las manecillas de los relojes se funden, el tiempo se paraliza

y se vuelven cadentes los pasos. Volvemos al pasado, lo hacemos presente, eterno. Nuestras prisas y problemas se congelan, nuestras sombras se esconden, nuestros nombres se desvanecen en el aire, nuestros cuerpos apenas piensan en cansarse y comer, y solo queremos ser lo que más nos gusta: cofrades e hijos de Dios en busca de la reflexión y el recogimiento.

En esos días los habitantes de esta ciudad dejamos de «vivir con la mirada baja», como decía la gran poeta María Teresa Cervantes, mantenemos el alma levantada y resucitamos día a día con el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura. (Papa Francisco, Vaticano, 22/10/2022).

La Semana Mayor nos genera sentimientos y emociones maravillosas, es verdad, pero nada de eso sirve si no se traduce en caridad, santo y seña de Cristo, y si no hay una sucesión, si la fe no pasa de padres a hijos. Y para ambas cosas hace falta una formación, en valores y de culto, que nos permita mantener nuestras tradiciones, pero ancladas en la evolución social.

En Semana Santa acompañamos a Cristo en su agonía y en su resurrección, pero será un esfuerzo inútil si no atendemos a los que sufren en nuestro mundo cotidiano y en nuestras familias.

Eso me lo enseñó Santa Madre Teresa la primera vez que hablé con ella. Era mi primer día en Calcuta. Yo había tenido un viaje de casi

cuarenta horas sin dormir y la ciudad me recibió con un monzón. Esa mañana me encontré con ella de casualidad, me preguntó de dónde venía y al decirle de Cartagena, España, me contestó sin dudarle: muy bien Gonzalo, está muy bien que hayas venido a Calcuta a ayudar a los débiles, a los pobres, y a los más necesitados, pero recuerda, Calcuta está en tu casa, en los que te rodean.

Otro día la escuché decir que el hambre de amor es mucho más difícil de eliminar que el hambre de pan, y que lo más grande que podemos hacer es seguir el mandamiento de Cristo de amarnos los unos a otros como él nos ama, (Juan 15:12), empezando siempre por nosotros mismos, porque, como ella misma decía, «donde hay amor está Dios». Y si ponemos a Dios en nuestras vidas, estará en todo lo que nos acontezca.

Desde este atril os exhorto a escuchar los crujidos internos de los demás y a practicar la caridad, a formaros, y a pensar cómo inculcar, en una generación tras otra, los grandes valores de nuestra Semana Santa, al igual que mis padres hicieron en mí, porque el mundo los necesita.

¡Hagamos la Semana Santa! Todos juntos: nazarenos, penitentes y portapasos. Sin distingos. Seamos referentes en un mundo necesitado, y no cejemos nunca en nuestro empeño, ante ninguna dificultad, porque como Madre Teresa repetía constantemente: «Dios proveerá».



Segunda parte

Semanas Santas de Cartagena y La Unión: un vínculo de fe

Yo soy muy cartagenero, pero también tengo fuertes vínculos con La Unión, a través de la familia de mi padre y sus antepasados. Por eso quisiera mostraros ahora la fuerte relación entre las Semanas Santas de dos ciudades que fueron la misma tierra durante más de dos mil quinientos años, porque la vinculación va más allá del hecho de que la patrona de cada una recorre las calles de la otra.

Las procesiones de La Unión nacieron en 1870 por la voluntad de un joven cartagenero, Adolfo Bilbao Jiménez, establecido allí por su boda, que quiso emular la grandeza y la belleza de las procesiones de su tierra, llegando a ejercer de «sustitutas» durante el periodo de la reconstrucción cantonal. Con los años se introdujeron en ellas elementos cartageneros, como los granaderos y «la llamada», y se ha generado un gran respeto mutuo, como lo demuestra la glosa sobre la Semana Santa de Cartagena hecha en 1945 por los insignes poetas unionenses María Cegarra y Asensio Sáez.

Siempre hubo colaboración en donativos, en loterías, en rifas, o en la compra de imágenes y tronos, como cuando en 1934 la

Cruz Roja de La Unión, para cubrir sus necesidades, vendió a la cofradía californiana el trono del hoy Cristo de los Mineros, que transformado en un «carro de enchufes» acompañó ese año al San Pedro en su traslado del Martes Santo, y en la década de 1940 las hermandades de La Unión adquirieron a la cofradía marraja las imágenes de Jesús Nazareno, San Juan y la Soledad, del artista valenciano José Alfonso Rigal.

Algunos de los momentos más emotivos de la Semana Santa de Cartagena son las visitas de diferentes imágenes a la Virgen de la Caridad en su basílica, y todos conocemos la historia de cómo Caridad Norberta Pacheco Sánchez, «Caridad la Negra», evitó que fuera destruida el 25 de julio de 1936. Ese día Caridad y las prostitutas del Molinete rodearon a un concejal del ayuntamiento de Cartagena, y a un acompañante, para protegerlos de la muchedumbre a la que se habían enfrentado para evitar su entrada en la basílica, consiguiendo que al final se fueran. Ese hombre al que protegían era el sindicalista Miguel Céspedes Pérez, que había sido alcalde de Cartagena en 1932 y 1933, y había nacido en La Unión.

Además, existe consenso entre los historiadores sobre que una de las personas que más impulsó en los años cuarenta el establecimiento del orden, el desfile de los tercios al unísono, como elemento sustancial de la Semana Santa de Cartagena, fue Miguel Hernández Gómez, presidente del San Juan Marrajo,

posterior alcalde de Cartagena, y nacido en La Unión.

Ambas ciudades compartimos también la agrupación musical La Unión, que acompaña al Jesús Nazareno marrajo desde hace más de treinta años, en «el encuentro» y en la majestuosa procesión del Viernes Santo, siendo ya casi una parte de su agrupación. Y también abrazamos, desde las postrimerías del siglo XIX y principios del XX, el espíritu flamenco de nuestras saetas, «flechas de amor» que rasgan la noche.

Finalmente, confieso que yo tengo una devoción muy especial por el Cristo de los Mineros, que recorre las calles de ambas ciudades, el mismo día y a la misma hora, gracias a dos agrupaciones hermanadas, por fin, desde el año pasado, simbolizando la simbiosis entre el homicida sufrimiento de Cristo en la cruz y el de los trabajadores de la mina.

Virgen de la Piedad: íntima contrición

Creo que a estas alturas del pregón ya se me ha visto mucho el color, pero no puedo dejar de alumbrar mi pasional devoción por una virgen que me ha robado el corazón gracias al ejemplo de mi querido, admirado y añorado José Luis Mendoza Pérez, fundador de la Universidad Católica San Antonio, pregonero en 2002, y un segundo padre para mí, cuyo ejemplo pretendo seguir en mi trabajo diario en la universidad.

Una Virgen que este año cumple cien años de su llegada a la ciudad el 6 de abril de 1925, Lunes Santo; que fue trasladada ese día desde la estación de tren a la iglesia de Santo Domingo, acompañada en eterna plegaria por los cofrades, las autoridades y el pueblo expectante; que representa el sexto dolor, el de María al recibir el cuerpo de Jesús al ser bajado de la Cruz; y que, aunque al principio no lo tuvo fácil, hoy en día convierte en rosas frescas los corazones de todos los que se atreven a lanzarle una sincera mirada.

A algunos amigos les he confesado que, como diría aquel, en la intimidad me siento cercano a los marrajos, y eso es por culpa de la Piedad. Enhorabuena a todos sus devotos.

Muchos se asombran de mi devoción por la Virgen de la Caridad, la Virgen del Rosario, San Pedro, el Cristo Coronado, el Cristo de los Mineros, y la Virgen de la Piedad. Yo respondo siempre igual: son raíces sembradas profundamente en mí, por mis padres, y por alguien a quien quise como tal.

Tercera parte

Evolución de la Semana Santa de Cartagena

A todos nos gustan las procesiones de Cartagena tal y como son ahora, pero hemos de saber que no siempre han sido así, como me recordaban muchas veces mis padres.

Su evolución se debe, en mi opinión, a las innovaciones, a las dificultades económicas, a los desastres históricos y a algo muy cartagenero, la emulación y la colaboración.

Identidad frente a innovación

Los teólogos nos dicen que los antecedentes de la Semana Santa se remontan al siglo IV d.C., cuando tras la conversión de Constantino la iglesia salió a la calle. Se creó entonces la «orden de los penitentes», a los que se les exigía, por los pecados públicos cometidos, una serie de actos penitenciales el Miércoles Santo, caminando algunos con la cara tapada o descalzos, para ser readmitidos el Jueves Santo, recibiendo de nuevo los sacramentos.

Pocos detalles sabemos de su desarrollo en Cartago Nova, su teatralización posterior y el impulso de las procesiones por la contrarreforma católica que siguió al Concilio de Trento, pero sí que en el siglo XVII procesionaban en nuestra ciudad desordenados

penitentes en cumplimiento de un voto, acompañando pasos primitivos, pequeños y ligeros, llevados por fieles, precedidos de músicos voluntarios, y con imágenes, o «insignias», vestidas humildemente e iluminadas con cuatro faroles.

Nuestras procesiones han ido superando obstáculos a lo largo de los siglos, introduciendo mejoras, y también algunas «peoras», pero siempre constructivas.

A partir de 1750 se inició una primera renovación, a pesar de la pobreza de las cofradías, y la Semana Santa de Cartagena se ligó de una forma muy especial al escultor Francisco Salzillo, y a otros, porque los californios y los marrajos les encargaron muchas imágenes para mejorar las existentes, financiadas por los hermanos mayores, por particulares anónimos o por grupos gremiales incorporados a las cofradías, como los albañiles, los calafates, los pescadores, etc.

Nuestra Semana Santa asentó en ese siglo XVIII, con la preocupación, presente ya entonces, de no convertirse en un espectáculo, un elemento de reflexión intelectual en sus procesiones, pero este empezó a ser sustituido a final del siglo XIX por la narración pasionaria, con la incorporación, por ejemplo, del primer crucificado en Cartagena en 1880 por la cofradía marraja, una talla anónima del penal; o de la Santa Cena, en la procesión califonia en 1883.

El conflicto por los cambios es consustancial a nuestra Semana Santa.

Conflictos con el ayuntamiento, como cuando en 1761 la cofradía marraja decidió trasladar, sin permiso, «el encuentro», que entonces se realizaba en la plaza Mayor, a la más marginal, pero más grande, de la Merced; conflictos con el Obispo, como cuando ambas cofradías estuvieron años sin salir a partir de 1774 por exigirles reducir el lujo en las procesiones, y que se saliese de día para asegurar su recogida antes del toque de oración; y conflictos dentro de la misma cofradía, como sucedió entre 1880 y 1910 sobre si sacar al San Juan o al San Pedro delante de la Virgen del Primer Dolor.

La prensa siempre ha tenido mucho peso, en especial algunos cronistas de la ciudad como Manuel González Huárquez, Isidoro Martínez Rizo o Federico Casal Martínez, cuyos artículos actuaban como gubias moldeando el devenir de las procesiones. A lo largo de los años se ha discutido y polemizado sobre si se debían introducir, o no, algunos cambios: los ramos de flor artificial; las nuevas túnicas de las imágenes; el tipo de comida y la vajilla usada en la Santa Cena; etc., etc., etc... ¡Cómo nos gusta a veces a los cartageneros garbillar agua!

Hubo innovaciones desde los primeros años, de esas que se consolidan y exportan, como la presencia de la compañía de

armados en las procesiones californias desde su fundación, introducidos en las marrajas en 1752 y en las del resucitado en 1949, simbolizando a los ejecutores de Cristo, razón por la que se les conoce como «judíos».

El orden, quizá nuestra característica más genuina, no siempre estuvo ahí, y su aparición parece que no tiene solo que ver con el carácter castrense de la ciudad, sino con una innovación. La introducción de la energía eléctrica en los tronos y los hachotes de los penitentes alrededor de 1914 obligó a unirlos a todos a través de unos cables, y a llevar un cierto orden del que ya se hacía publicidad en 1919. Cada agrupación fue encontrando su personalidad en su cadencia propia, convirtiéndola en una seña de identidad ¡Qué sería ahora de las procesiones cartageneras sin su orden!

Otra gran innovación se introdujo cuando un grupo de cofrades marrajos, descontentos con la falta de recogimiento de una buena parte de los soldados que salían de penitentes, comenzaron a suplirlos en algunos tercios. El hermano Mayor los felicitó, y los animó a crear en la década de 1920 la primera agrupación de Semana Santa, la del Santo Sepulcro ¡Qué sería ahora de las procesiones cartageneras sin sus agrupaciones!

Otras innovaciones, en cambio, no cuajaron y cayeron por su propio peso, como cuando el ayuntamiento quiso dotar hace cien

años a la Semana Santa del carácter de «fiesta primaveral», para atraer turistas, programando actos lúdicos confundidos con los religiosos, y terminando el Domingo de Resurrección con una cabalgata y con la «quema de Judas».

También han aparecido y desaparecido a lo largo de los años cofradías pasionarias, como la del «Cristo de la columna», que desfilaba en 1640; la «Hermandad del Huerto», en 1642; la del «Cristo Crucificado», en 1646; o la «Cofradía infantil Sanjuanista» o «del Carmen», nacida con niños en 1910, con un Hermano Mayor de 12 años, y que desapareció en 1919.

Por fortuna para todos, las innovaciones también llegaron al campo de la igualdad, y poco a poco se han dado pasos para una justa integración de las mujeres en la Semana Santa, como su entrada en el tercio de granaderos en 1915, la creación de la primera agrupación femenina en 1943, la fundación del primer tercio mixto en 1979, o la aparición de un trono llevado solo por mujeres en 1998. Y ya en el siglo XXI se nombraron las primeras mujeres mayordomo y la primera Hermana Mayor. Bueno es recordarlo en el día Internacional de la mujer.

¡Benditas innovaciones!, esperemos que sigan introduciéndose en años venideros.

Dificultades económicas

Otro importante elemento de evolución han sido las dificultades económicas.

Hoy nos hemos acostumbrado a que los miércoles de ceniza se anuncie la salida de las procesiones y el ayuntamiento entregue su cheque asegurándolas. Pero no siempre fue así.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX los californios y los marrajos luchaban sobre manera para conseguir el dinero que les permitiera sacar las procesiones, y por ser los primeros en anunciarlo a través del famoso «música y a la calle», un himno para los cartageneros.

A partir de cada mes de enero el silencio hacía subir la tensión, la prensa daba ánimos a ambas cofradías, y las retaba a ser dignas sucesoras de sus antepasados, y a recaudar recursos de múltiples formas, ante la reticencia de los comerciantes que no querían dar más dinero.

Esa incertidumbre acabó en gran medida con la llegada de las agrupaciones, que costearon la salida de cada uno de sus tercios y tronos, y consiguieron aportaciones voluntarias a través, por ejemplo, de recibos supletorios del agua o la participación en sorteos de lotería y rifas. De esa forma se transformó

definitivamente la Semana Santa.

Desastres históricos

Las procesiones se han visto afectadas por desastres naturales, incendios, o epidemias de peste, como la de 1648, que mató a muchos marrajos, obligándolos a suspenderlas hasta 1663.

Otro de los acontecimientos que más problemas y oportunidades creativas y renovadoras han concedido a nuestra Semana Santa son las guerras, obligándola varias veces a empezar de la nada, en ocasiones incluso para bien.

Las del siglo XVII con los ingleses, los portugueses, los holandeses o los catalanes, la de secesión en el siglo XVIII, y la de Independencia, entre 1808 y 1814, pararon la salida de las procesiones durante varios años, y provocaron la desaparición de lujosos sudarios y alhajas, y el uso de las túnicas de los capirotos y nazarenos como fundas de cartucho.

La revolución cantonal motivó, en la reaparición de las procesiones en 1879, una profunda transformación que la prensa conoció como la metamorfosis «marrajocalifónica», gracias a la riqueza obtenida por muchas familias en la Sierra Minera, con la aparición de los tronos cartageneros de ocho cartelas y exuberancia de flor, diseñados por el arquitecto Carlos Mancha,

que todavía hoy son santo y seña de nuestra Semana Santa.

Y la guerra civil, además de paralizarlas de nuevo, conllevó el expolio de archivos, vestuarios, bordados y estandartes, y la destrucción de gran parte de las imágenes que se procesionaban, incluyendo doce Salzillos, «achacándoles culpas ajenas», como dijo Carmen Conde; reduciendo notablemente el legado que ha llegado hasta nuestros días.

La emulación y la colaboración

Me atrevo a decir que la emulación y la colaboración entre las cofradías y las agrupaciones son dos de los elementos que más han hecho evolucionar la Semana Santa de Cartagena.

La creación de la Cofradía del Prendimiento en 1747 estimuló a la del Nazareno, suscitando un duende competitivo entre los «calis» y los «marras» que durante más de dos siglos dividió a la prensa y a las familias, y provocó sonoras fugas de un bando a otro.

En esos tiempos hubo una obsesión por demostrar que una cofradía lo hacía mejor que «la de enfrente», llegando a tomar decisiones difícilmente entendibles hoy en día.

En 1904, por ejemplo, los marrajos, ante la imposibilidad de salir de los californios por razones económicas, decidieron sacar

la procesión de la calle de la amargura el Miércoles Santo, 30 de marzo, con el único fin de representar el lavatorio, y apropiarse del día californio y de la figura de Poncio Pilato, la más representativa en aquel momento.

Y en 1909, los californios, que no habían podido sacar la del Miércoles Santo por la lluvia, decidieron, ante la imposibilidad de los marrajos de organizar la del Santo Entierro por razones económicas, procesionar el sábado 10 de abril los tronos de la Dolorosa, San Juan, la Verónica, y el de un Jesús Nazareno vestido por vez primera con túnica roja, sacrilegio que le costó el puesto al Hermano Mayor Marrajo.

A pesar de esos piques, muy cartageneros por otra parte, la colaboración entre ambas cofradías también ha sido constante, como cuando en 1932, ante la prohibición de los piquetes por el gobierno republicano, llegaron a un acuerdo por el que los granaderos marrajos dieron escolta a la Virgen del Primer Dolor y los californios a la de la Soledad.

También han hecho actos conjuntos para recaudar fondos, como festivales en el Teatro Circo, bailes de Carnaval en el Teatro Principal, campañas radiofónicas, festejos taurinos, partidos de fútbol entre ambas, o concursos de Cante Jondo para aficionados y profesionales, como el organizado el 28 de agosto de 1930 en la zona vallada de Alfonso XIII.

Aunque esa rivalidad no ha desaparecido, en mi opinión hoy en día se ha transformado, en parte por la aparición de otras cofradías, en emulación entre agrupaciones, pero también en hermanamientos entre ellas, porque, aunque siempre se prefiere que «le llueva a otros», es verdad que una rivalidad con respeto mutuo, reconocimiento y crecimiento personal es fuente de progreso, engrandecimiento y consolidación de nuestra Semana Santa.

Aprendizaje y responsabilidad

Esta historia de errores y aciertos, sacrificios y alegrías, devociones y penitencias, nos revela que hoy custodiamos el mayor tesoro que una ciudad puede ofrecer: su «ancestral alma devocional», motivo de orgullo, y de una admiración que trasciende fronteras.

Nosotros somos los únicos responsables de custodiar el patrimonio material, inmaterial y humano de nuestra Semana Santa; de cuidarla; y de legarla intacta a las generaciones por venir. Os invito a todos a seguir ese camino, sin perturbar la belleza de nuestra noble, sagrada y colectiva misión, por asuntos banales y rencillas sin sentido.

Cuarta parte

Cierre del pregón: bendito sacrificio

San Agustín dijo que la cruz de quien murió porque quiso, y como quiso, es el camino con el que Dios decidió redimirnos, la senda a la resurrección; por lo que no debemos separarnos nunca de ella: *A cruce Christi noli resilire*. (San Agustín, comentario a los Salmos 91, 8).

El problema es que en el mundo de hoy huimos del sufrimiento, del sacrificio y del esfuerzo, y queremos desprendernos pronto de nuestra propia cruz.

Reflexionemos en este año jubilar 2025, seamos «peregrinos de la esperanza». Salgamos de nosotros mismos y establezcamos, o regeneremos, nuestra comunión con Dios.

Para ello todos debemos experimentar lo que Cristo Redentor hizo por nosotros, y las procesiones de Cartagena son un libro abierto en las calles, para que cada uno lo interprete a su manera, y pueda resucitar día a día, en su *Kairós*, con un corazón puro y lleno de la alegría del evangelio.

A veces no miro la Semana Santa con los ojos, y es entonces cuando me hace llorar. Así es como invito a todos los cartageneros

del mundo a vivirla en 2025. Por eso os animo a salir a la calle, y a ser partícipes de un rito que los cartageneros pasamos de generación en generación.

Ya me despido. Pero no quiero hacerlo sin proclamar a los cuatro vientos que soy hijo de la Jerusalén de Hispania y vivo enamorado de Cartagena. Un amor transmitido por Laly y Gonzalo, y que, siguiendo su ejemplo, seguirá vivo en mis descendientes.

No tengo remedio, sé que es un romance anónimo, porque mi ciudad no sabe quién soy, pero no puedo evitarlo.

Estoy enamorado de ti, Cartagena
enamorado de tu alma cofrade abierta,
enamorado de tu tierra de pasión recurrente,
enamorado de esperarte y vivirte.
Enamorado de ti, Cartagena
porque eres lo que siempre quise.

Estoy enamorado de ti, Cartagena
Enamorado de tus colores cofrades: negro, rojo, morado y blanco
Enamorado de tus silencios ordenados
Enamorado de tus luces y tus flores
Enamorado de ti, Cartagena
porque eres lo que siempre quise.
Te pertenezco.

Gracias, papá, por **C**rear este romance.

Gracias, Cartagena, por **R**ecogerlo.

Gracias, mamá, por **I**ncendiarlo.

Gracias, hermanos cofrades, por **S**ecundarlo.

Gracias, Virgen de la Caridad, por **T**utelarlo.

Gracias, Señor, por **O**bservarlo.



Holy Week Proclamation
Cartagena 2025

GONZALO WANDOSELL FERNÁNDEZ DE BOBADILLA

© Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla

Photographs:

© Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla

Edit:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena

Print:

Imprenta Nicomedes Gómez, Cartagena

Dep. Legal:

MU-136-2025



Holy Week Proclamation in Cartagena
delivered by
Mr. Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla
on Saturday, March 8, 2025,
in the Isidoro Máiquez Hall of the El Batel Municipal Auditorium
Paseo Alfonso XII, s/n, Cartagena

Dedication

Opening. A family legacy

Greetings

Part one. An emotional and devotional experience

Part two. Bond and tribute

Holly weeks in Cartagena and La Unión: a bond of faith

Virgin of Pity: intimate contrition

Part three. The evolution of Cartagena's Holy Week

Identity versus innovation: origin of the conflict

Economic difficulties

Historical disasters

Emulation and collaboration

Learning and responsibility

Part four. Closing: blessed sacrifice

Dedication

Every word I shall utter today springs from the profound love for Holy Week and for Cartagena, a love passed on down to me by my parents: Gonzalo Wandosell Morales and María Dolores (Laly) Fernández de Bobadilla Bufalá. This is for them!

Opening

A family legacy

Thank you, Cartagena. Thank you to everyone here and to those in your homes for embracing me. Standing at this lectern is daunting, I won't deny it. That is why, a moment ago, I invoked the Holy Spirit to guide me, and now I appeal to your indulgence, the indulgence deserved by every act of love.

Dear Mayor, on the very night I received your call, a wise and trusted friend offered me three pieces of advice about this proclamation: "Be reasonably brief, open your heart without reservation, and, above all, do not let your colour show too much."

The first two are trademarks of mine, and as for the third, I suppose he was referring to what everyone wants to know about others these days: whether their colour is black, red, purple, or white.

As far as colours are concerned, in my case, it is easy.

Those who know me even a little bit know that my colours are: red... and green..., yes green, and not because I have been writing in green ink since I was seventeen, but rather for what the great Carmen Conde wrote nearly a hundred years ago in a poem:

“From the red lighthouse to the green lighthouse. From the green lighthouse to the red lighthouse.

I have opened the dawn, walking from lighthouse to lighthouse!”

(Carmen Conde. Brocal. 1929.)

I began my life like that, moving from the red lighthouse to the green, and from the green lighthouse to the red, because, as my parents told me, during my first nights, when I had unpredictable and inscrutable tantrums, they would get in the car and drive from one lighthouse to the other, patiently waiting for me to fall into the arms of *Morpheus*.

Since then, I have carried those two colours imprinted in my DNA: the red of the Faro de Navidad and the green of the Faro de la Curra.

Setting the matter of colours aside, I have come here today, with humility and simplicity, to read you the proclamation I have written with passion and responsibility.

But I acknowledge the exceptional nature of this moment, and for that reason, I would like to be honest with you, confess a few things, and share some personal experiences.

I confess that Cartagena is my “*terruño*”, my homeland, my particular “*Macondo*”, the natural counterbalance to my congenital

wandering. I never feel more “Cartagenian” than in these days of passion and glory. In fact, I exist thanks to Cartagena’s Holy Week.

Holy Tuesday in 1962. A young “*Sampedrista*” woman, my mother, wanted to make a phone call from a booth in front of the “*Rincón de Pepe*”. She had no coins and asked a boy she didn’t know, who happened to be passing by at that moment, for some: that boy was my father.

I also admit that I am, and I say this with pride, one of those “*Cartagenians*” whose family awaited my birth to enroll me in the “*Californian brotherhood*”. There was no debate about that. The difficult decision, postponed until my birth, revolved around choosing my affiliation to a brotherhood association.

Let me explain it to you. My godmother belonged to the Virgin of the First Sorrow; my great-uncle Emilio to the Last Supper; my paternal grandfather, a true artilleryman, was devoted to Saint John; other relatives to the Jews; my father, along with some friends, had founded the Coronation of Thorns; and my mother and maternal grandfather, the newcomers, were absolutely adamant on me joining Saint Peter’s.

There was only one clear rule: a single affiliation had to be chosen.

The day after my baptism, already a Catholic, I was enrolled in the brotherhood. When it came time to decide the affiliation, my mother, the eternal Laly, settled the discussion before it began by confessing that, secretly conspiring with several leaders of “San Pedro”, she had enrolled me in that affiliation a month before I was born.

Therefore, I came into the world already a “*sampedrista*”, and neither my father nor anyone else could do anything about it.

At the tender age of three, I began accompanying my mother as a nazarene on Holy Tuesday, and my paternal grandfather Álvaro and my aunt Sol Wandosell instilled in me, with unwavering devotion, the values of our Holy Week during my childhood and adolescence.

At seventeen, I left to study in Madrid, and for over a decade, I lived as an absent Cartagenian, and upon returning to Cartagena in 1996, I joined the throne bearers of Saint Peter, and at that time, my father asked me to fulfil one of his dreams: that I should be a penitent of “The Coronation of Thorns”.

I was hesitant. My dyslexia and lack of rhythm and coordination had kept me away from the “Saint Peter’s penitents” in my childhood, and warnings of a possible disaster lingered. However,

I didn't want to disappoint my father, and I had the intellectual curiosity to experience Holy Week from the intimate perspective that is created behind the eyeholes of the hood.

In the end, I did it. On March 26, 1997, Holy Wednesday, I summoned the courage and enthusiasm to descend the ramp of Saint Mary of Grace to the beat of the drum, as the second-to-last penitent in the right row. I remember it as if it were today.

Poor me! Little did I imagine at the time the ordeal that I was about to face over the next three hours... It wasn't that I lost my step at any point; it was that I never found it to begin with!

As soon as I descended the ramp, the drum and I parted ways. I kept my eyes fixed straight ahead, occasionally glancing at my fellow marchers to maintain the rhythm and the spacing. Yet I was always out of sync. I heard shouts of encouragement, and in one of them, I thought I recognised my father. "Come on, you can do it!" "You're going to make it!" I suffered in silence, accepting it as my penance.

Eventually, I realised the futility of my struggle, relaxed, and finally got into the rhythm of the drum, only to discover that we were already walking up the ramp in the church, as the procession concluded.

My father understood my decision to relinquish his dream, and from then on, I focused on the blessing of being a bearer of Saint Peter's throne. I joined the "Francisco Zabala Polyphonic Choir" and the californian theatre company "The Lantern", where I shared the stage with my mother in performances of "The Revenge of Don Mendo" and "Don Juan Tenorio".

In 1998, I had the opportunity to be a "founding throne bearer" for "The Virgin of Hope", allowing me to reconnect with my desire to enjoy for many years the anonymous introspection behind the eye openings, as the poet Maria Cegarra from La Unión said: "Carrying the world inside and empty eyes, one can dream and sing". (Maria Cegarra. Cristales Míos, 1935).

After my marriage, thanks to Saint Peter, as I met my wife during a brief pause in my journey around the world carrying him on my shoulders, my mother ensured she was kept away from the "Marrajos" and swiftly wrapped her, along with my children, under Saint Peter's mantle. All remaining staunch "Sampedristas" and Californians by maternal decree. Although, in the end, she would cheat herself, travelling the world solely with Mariana and her "marrajo" friends.

When I retired as a throne bearer in 2014, of my own accord, I continued to accompany my mother as a nazarene on Holy Tuesday, attending all sorts of Easter events with her. I still attend

these events in her honour, such as the toy collection for charity every 28th of December, where she would always sit at the far end of the chapter hall and, like “a queen mother,” she would organise the activity, put batteries in the toys, and, in the process, energise all of us whoever were there. An unforgettable memory. To balance things, I also began accompanying my father to hand out lanterns to the ladies of the “Ladies Board” who walk behind “The Virgin of Hope”, something I proudly continue to do today in his honour.

It was there that I discovered my special moment by having the opportunity to experience the departure of the Procession of Silence from inside the church, my favourite part of Holy Week.

At the beginning, the regulations are read, darkness envelops us, the doors open, and the brotherhoods assemble in front of the high altar, and take off to the streets, though it may seem they are going from Cartagena straight to Heaven in reality...

My parents have already travelled that path away, but I continue to see them every Holy Week.

I imagine my father as one of the executioners on the throne of “The Coronation of Thorns”, a role he could have had if he and one inseparable friend of his hadn’t stayed up late when the sculptor Federico Coullaut-Varela summoned them to use their

faces as models. And I envision my mother as a carrier who became of one of the tassels from the shroud of the male section of Saint Peter, yes, male, something that in the 1960s few women could dream of!

I am sharing these personal experiences with you because I would like this proclamation to make two truths clear:

Firstly, that Holy Week, for me, is summed up in two words: my parents. Laly y Gonzalo.

In the same way that the protagonist of Gabriel García Márquez's "One Hundred Years of Solitude" clung to the memory of his beloved to the rivers and mountains of Macondo, I bind the memory of my parents to our Easter. Every procession, every image, every throne, every march, or every hymn are for me a source of sorrow, for I no longer have them, but also of joy, as I accept that these memories are a proof that once, I did have them.

I enjoy these days living my parents' dream, and that of my ancestors. And if you think about it a little, so you do too, just like our children, grandchildren, and great-grandchildren will live ours in the future. Those endless desires will ensure our Holy Week never dies.

For those reasons, I wanted to dedicate this proclamation to

my parents. Blessed be The Lord and blessed be the good people. Blessed be Laly and Gonzalo. Being their son was a gift from God!

In tribute to the two of them, I have chosen to accompany these words with Mariano San Miguel Urcelay's *Mektub*, our favourite Holy Week march, which is soon turning a hundred years old. On the day that my mother passed away, among other things, she asked me to play it at her funeral. She had also requested it from the executive vice president of San Pedro. Due to my cowardice and other reasons, we couldn't keep our word, and both of us had that such thorns stuck in our hearts. My dear Blas, I hope that with all herewith said she will forgive us, mainly because I would like for you and me to have a peaceful entry into heaven when our time comes...

Secondly, I love "*cartagenaar*". I can't help it. Those who know me are aware of this. I also inherited that from my father. Wherever I go in the world, it takes me no more than two minutes to bring up my city in the conversation. I am passionate about being its ambassador.

I cherish the anecdote of a lunch in January 2016 with a director of ONCE from Madrid, whom I had not previously met. It ended, after a passionate conversation about Cartagena's Holy Week, with the image of "The Crist the Arrest" -whose group was

celebrating its 75th anniversary - featured on each three and a half million lottery tickets for that Holy Wednesday, 23rd March.

I'm also one of those who believes that Cartagena should be founded on any exoplanet humanity may conquer in the future.

I feel very proud of my "Cartagenian" identity, even though I cannot always express it openly. But today I am at home and, before all of you I feel overjoyed to shout how proud I am to be a son of our patron, "The Virgin of Charity". Which is the best one can feel to be.

That is why I ask you to give me the energy to finish this proclamation by joining me as I say: Listen, people of Cartagena and visitors.

Long live Cartagena!
Once more, louder.
Long live Cartagena!

Greetings

Most Excellent and Reverend Bishop of the Diocese of Cartagena,

Most Excellent Presidente of the Murcia Region Community,

Most Illustrious Madam Mayor of the city and Municipal Corporation,

Most Illustrious members of the Board of Brotherhoods of Holy Week,

Most Illustrious Brotherhood Leaders of Californians, Marrajos, and the Resurrected,

Most Excellent and Illustrious Civil, Military, Academic, and Ecclesiastical Authorities,

Dear Processionist of the Year,

Dear Chief Nazarene,

My dears Paty, María, and Jandro, without you I am devoid of meaning, like a Christ without a cross.

Dear family, friends, UCAM colleagues, and brothers and sisters in Christ Jesus,

My dear parents, always present,

Above all, I am a Cartagenian, a “*cofrade*”, and a believer, by “paternal and maternal dialect,” and I do not shy away from those who, upon hearing such a declaration, seek to diminish you intellectually, following an almost dominant trend. Not in the slightest.

Today, I come before you joyful, fulfilled. Delivering this proclamation is the joy of one in love, and I hope to do it justice, for, as Cervantes stated: “What can be felt can be expressed.” (Miguel de Cervantes, *The Generous Lover*, *Exemplary Novels*).

Rest assured; I will not narrate the processions; you know them far better than I do.

My only intention is to offer you a glimpse into my soul, to savour this moment together, and to enshrine this extraordinary occasion in my memory.

I will divide the proclamation into four further parts: in the first, I will share my vision of Cartagena’s Holy Week; in the second, I will make a couple of very special references that are dear to me; in the third, I will present a brief historical study of the evolution of the processions; and in the fourth, I will conclude with another intimate and necessary confession.

Part One

An emotional and devotional experience

Allow me, in this first part, to share a few intimate and personal reflections on Holy Week, drawn from my faith and my love for Cartagena.

I wish to speak to you about the solemn and sublime religious manifestation that takes place in our churches and streets, and I shall endeavour to do so with truth and reason. (Saint Paul. Acts 26:25).

In my humble opinion, Holy Week in Cartagena is tradition, liturgy, and prayer.

The municipality transforms into an open-air cathedral, bringing to life the greatest act of love ever witnessed. Our Holy Week is God in the streets!

Lope de Vega concluded and questioned,

“I am not Christ, I am his image,
nor do I live like me: does Christ live in me?”

(If of very rough skin dressed. Lope de Vega.)

I respond,

I believe that Christ lives within us, and in these days, we make him the centre of our lives, seek intimacy with him despite the crowds, meditate, and recognise his greatness in accepting his own death. We feel the need to proclaim him to those who, as incredible as it may seem, still do not know him or know him wrongly.

We want to turn the audience into faithful followers and ensure that none are lost along the way, for “to live is Christ” (Saint Paul, Philippians 1:21), and whoever lays down their life for his cause shall be saved (Luke 9:24-48).

Contrary, sceptical, or dissonant winds do not wound us, for, like Dostoevsky, between Christ and “the truth,” we choose Christ; and “all Christian life consists of responding to the love of God” (Benedict XVI, Lent Message 2013).

Quevedo said it well,

“He who, for his enemies, expiring,
asks forgiveness, better in such a desire
showed to be God, than the sun and the sea roaring.”

(Quevedo. Sonnet Vinegar and gall for his lips he asks.)

Cartagena, faithful to its Holy Week, wraps itself in passionate silk every year as a great lantern, honouring the nickname “War Workshop” given to it by the Greek military man, and philosopher *Xenophon* in the 5th century. In this case, the “battle” to honour and amplify the significance of Christ’s humble passion, so uniquely depicted by the poet Miguel Hernández.

“...And among a thousand hooded figures with a thousand
flames of a thousand candles,
with torn flesh even paler than lilies
and the cross on their shoulders, humble, the Nazarene crosses.”

(Miguel Hernández, The Nazarene. April 15, 1930, in Voluntad.)

That universal celebration transforms into something uniquely local: the “Passion, Death, and Resurrection of Christ according to Cartagena.”

During the greatest tradition of this three-millennia-old city, the pure essence of the municipality, Cartagena changes its colours, its atmosphere, and its landscape. The city is never more itself than in its “passionate profile”: cosmopolitan, liberal, and sacred. Cartagena becomes revolutionary, as it loves to be. And there is nothing more revolutionary today than living one’s faith in freedom, because, as John Paul II said, “it is worth committing oneself to the cause of Christ.” (Address of the Holy Father to the Youth, Madrid, 2003).

The brotherhood members of Cartagena, from all social and cultural backgrounds, form “one body for Christ,” as Saint Leander wrote, a great brotherhood heart, I would add, marching in unison to the beat of the drum. We are a Church “on the move,” as so often called for by Pope Francis, and we stand as a bulwark against today’s secularisation.

We channel our deepest passion to show, out in the streets, that through humble and simple acts, and with sacrifices both generous, we can overcome injustices and transform the lives of those around us with a renewing light.

We too are changing, even if we cannot see it. We meld our hearts together and move forward united on the path to salvation, avoiding distractions and placing God at the centre of our lives through the Resurrection of Christ.

With this, we all contribute to the mystic, economic and social development of the municipality, and provide a piece of ourselves, material, spiritual, or emotional, so that the Holy Week is never the same again, and even if we leave, it remains impregnated with each one of us. That’s the reason why Holy Week in Cartagena is unimaginable without the memory of those who have departed.

The entire city transforms itself into a reflection of Jerusalem. We identify with Christ’s Passion in a unique way, perhaps

because it is possible that a resident of Cartaghonova might have been in those lands, perhaps even involved in those events, or because Cartagena's own history is filled with episodes of glory, suffering, and scorn, yet always rising again, proud, watchful, and indomitable.

The inhabitants of Cartagena normalize those extraordinary episodes, making them ours, close. We even turn some of their protagonists into residents, like Pedro Marina Cartagena (San Pedro) or Juan Zebedee Salome (San Juan). We include not-so-common images like Santiago and the Samaritan woman. We turn the transfers of the images into quasi-processions, dance with charm around an image to the rhythm of a "*pasodoble*", bring out nine virgins with different advocations to share immense pain and the unfathomable joy, and we place tiles around the city in their honour, as was done in the 18th century. I encourage you to revive that popular devotion, which I believe to be wholesome.

Cartagena's Holy Week is a dear universe of thrilling, successive, and simultaneous events. We must choose our favourite "moment" of Holy Week, the special experience we will embrace with our hearts: the passage of a particular *tercio* through a cherished spot, their departures or arrivals, the hails, the "*levantás*" of the throne bearers, and so on. The possibilities are endless.

Feelings hide in each image, each step, and each flower.

Sometimes a glance is enough. We enjoy them as if it were the first and only time, build ourselves up, and learn, because we live those historical events as new experiences.

For this reason, Holy Week is unique to each visitor and to each of us, but it only truly makes sense when we cartagenians understand that we are each a single tessera within a grand mosaic. We must welcome even those who experience it with passion but without faith, or those who have faith but pursue other interests; though we must never cease praying for each of them to one day “fall from their horse.”

We are Mediterranean; austerity does not excite us, but it must be acknowledged that the beginning of our Holy Week is bewildering.

We begin the Friday of Sorrows with the solemnity and introspection of candlelight, bypassing the narrative sequence, with a crucifix: the Most Holy and Royal Christ of Succour.

We sell so much of our colour, music, and light that sometimes we forget that this divine shadow is also our Holy Week.

Thanks to all who make it possible, for teaching us to pray softly and preparing our hearts.

On that same day, we skip the narrative essence again with the overwhelming journey of the Christ of Mercy. Thanks to all who make it possible, for symbolising the majestic divine mercy.

The “Californians” show us, through four other processions, the triumphant entry of Jesus into Jerusalem and all the events that “stemmed from a simple kiss.” On Thursday, they envelop us in a dark shroud of silence to portray the murderous suffering of Christ.

Thanks to all who make it possible, for providing us with the inner strength needed to fully enter the toughest days of the Passion.

The “*marrajos*” grant us, in four processions, connection with Our Lady of the Sixth Sorrow, drag us into the mystical delirium of “the encounter”, and introduce us to the true Passion.

Thanks to all who make it possible, for overwhelming us with the silent suffering and humble death of Christ and the pain of his mother.

And it ends with the Resurrection of the Son and the redemption of all men. Bells of hope and pure joy invade us when the story of a promise closes.

Thanks to all who make it possible, for showing us the Father’s

response to the Son's obedience and opening the door to a time of renewal and reconciliation with God.

The municipality's dedication to showcasing the Passion of Christ is so profound that we extend it through processions across various neighbourhoods and districts: Cabo de Palos, La Manga, Los Belones, Pozo Estrecho, Alumbres, El Algar, San Antón, El Barrio Peral, Los Barreros, Los Dolores, El Barrio de la Concepción, La Palma, El Ensanche, La Aljorra, Santa Ana, El Albujión, El Llano del Beal, and La Puebla. Thank you also to those who make it possible, as they all uniquely embody our immense brotherhood spirit.

Some mistake the Holy Week for a popular festival or treat it as a form of sacred exercise, participating with a completely misguided understanding, or distancing themselves from our land during those days, remaining on the fringes of a liturgical and processional rites they deem empty. I respect that, but they risk Cartagena becoming just another place of residence for them, losing that part of its mystical soul which, nonetheless, compels some exiled in sorrow to return each year to renew their cartagenian blood and faith.

Our Holy Week is much more than just festivities; it is sacred and urban art, indeed.

It is a total work of art, a *Gesamtkunstwerk*, as Richard Wagner

described opera for incorporating six distinct arts. Holy Week forms a landscape that draws from sculpture, music, literature, decorative and culinary arts, floral design, painting, photography, drawing, and architecture; but if God is not placed at its centre, it loses all its meaning: it becomes empty.

In this communal expression of popular piety, environmental elements are of great importance, such as the attitude of the audience, sound effects, and lighting.

A vivid childhood memory I have is how, in the 1970s, the trade union delegation in Cartagena used to form a large cross on one of its façades with windows illuminated in red. From this humble podium, I encourage all individuals to participate in the balconies and facades contest organized by the Association of Women in Brotherhoods of Cartagena and the City Council. and I urge those responsible for institutional buildings to do the same outside of the competition.

I have read and heard some describe the Holy Week as days of ephemeral art, yet to me, nothing seems more enduring in life: a realm of certainty in times of insecurity, unrest, and disorder.

We, cartagenians approach Holy Week with the enjoyment of a newly blossomed rose, which, although it withers day by day, we know will be reborn the following year.

The clock hands blend, time halts, and steps become rhythmic. We return to the past, make it present, eternal. Our hurries and troubles freeze, our shadows hide, our names fade in the air, our bodies scarcely think of tiredness and eating, and we only want to be what we like the most: brethren and children of God in search of reflection and introspection.

In those days, we, the people of this city, stopped “living with our eyes downcast,” as the great poet María Teresa Cervantes once said. We keep our souls uplifted and rise anew, day by day with the style of God: closeness, compassion, and tenderness (Pope Francis, Vatican, 10/22/2022).

The Holy Week stirs in us wonderful feelings and emotions; it is true; yet none of this holds value if it does not translate into charity, the hallmark of Christ, nor if there is no succession, if faith does not pass from parents to children. And for both, we need a background, grounded in values and worship, allowing us to sustain our traditions while rooted in the social evolution.

During the Holy Week, we accompany Christ in his agony and his resurrection, but this will be a wasted effort if we do not attend to those who suffer in our daily lives and our families.

Saint Mother Theresa taught me this the first time I spoke with

her. It was on my first day in Kolkata. I had endured a nearly 40-hour journey without sleep, and the city greeted me with a monsoon. That morning, I met her by chance; she asked where I was coming from, and when I told her *Cartagena, Spain*, she replied without hesitation: “Very well, Gonzalo, it is good that you have come to Kolkata to help the weak, the poor, and the most needy, but remember, Kolkata is in your own home, among those around you.”

I heard her say some other day that the hunger for love is much harder to eliminate than the hunger for bread, and that the greatest thing we can do is to follow Christ’s commandment to love one another as He loves us (John 15:12), always beginning with ourselves. For, as she herself used to say, “where there is love, there is God.” And if we place God in our lives, He will be present in everything that happens to us.

From this lectern, I urge you to listen to the inner creaks of others and to practise charity by doing, to educate yourselves, and to think about how to instil, from one generation to the next, the immeasurable values of our Holy Week, just as my parents did in me, for the world truly needs them.

Let’s make Holy Week! All together: nazarenes, penitents, and throne bearers. Without distinction. Let us be role models in a world in need, and let us never waver in our endeavour, no matter the difficulty, for as Mother Teresa constantly repeated: “God will provide.”



Part two

Bond and tribute

Holly weeks in Cartagena and La Unión: a bond of faith

I am very much from Cartagena, but I also have strong ties to La Unión, through my father's family and his ancestors. Therefore, I would like to show you the strong connection between the Holy Weeks of two cities that were the same land for more than two thousand five hundred years because the link goes beyond the fact that the patron saint of each city parades in the streets of the other.

The processions of La Unión originated in 1870 by the will of a young cartagenian, Adolfo Bilbao Jiménez, who settled there after his marriage and wanted to emulate the grandeur and beauty of the processions from his homeland. They even served as “substitutes” during the period of cantonal reconstruction. Over the years, elements from Cartagena, such as the granadiers and “the call”, have been introduced, fostering a deep mutual respect, as exemplified by the tribute to Cartagena's Holy Week written in 1945 by the distinguished poets from La Unión, María Cegarra and Asensio Sáez.

There has always been collaboration through donations, lotteries, raffles, or the purchase of images and thrones, such as

in 1934, when the Red Cross of La Unión, to cover its needs, sold to the California brotherhood the throne of the now Christ of the Miners, which transformed into a ‘plug cart,’ accompanied San Pedro that year during its transfer on Holy Tuesday. In the 1940s, the brotherhoods of La Unión acquired from the “Marraja” brotherhood the images of Jesus Nazarene, San Juan, and the Soledad, by the Valencian artist José Alfonso Rigal.

Some of the most emotional moments of Cartagena’s Holy Week are the visits of different images to “The Virgin of Charity” in her basilica. We all know the story of how Caridad Norberta Pacheco Sánchez, “*Caridad la Negra*”, prevented its destruction on July 25, 1936. On that day, Caridad, and the prostitutes of Molinete surrounded a city councillor from Cartagena to protect him, and a companion, from the crowd they had faced to prevent his entry into the basilica, eventually succeeding in making them leave. The man they were protecting was the unionist Miguel Céspedes Pérez, who had been mayor of Cartagena in 1932 and 1933 and was born in La Unión.

Furthermore, there is consensus among historians that one of the people who most strongly promoted the establishment of order and the unified march of the tercios in the 1940s, as an essential element of Cartagena’s Holy Week, was Miguel Hernández Gómez, president of the San Juan Marrajo, later mayor of Cartagena, who was born in La Unión.

Both our cities also share the musical ensemble La Unión, which has accompanied Jesús Nazareno for more than thirty years in “the encounter” and the majestic Good Friday procession, having become almost an integral part of the ensemble. Since the late 19th and early 20th centuries, we have also embraced the flamenco spirit of our saetas, those “arrows of love” that pierce the night.

Finally, I confess that I have a very special devotion to the “Christ of the Miners”, who parades in both cities, on the same day and at the same time, thanks to two brotherhoods twinned, at last, since last year, who parade the two miner christs through the streets, symbolizing the symbiosis between the homicidal suffering of Christ on the cross and that of the mine workers.

Virgin of Pity: intimate contrition

I believe that at this point in the sermon, my true colours have been revealed quite a bit. However, I cannot refrain from expressing my devotion, albeit somewhat concealed, for a virgin who has captured my heart thanks to the example of my dear, admired, and dearly missed José Luis Mendoza Pérez, founder of the San Antonio Catholic University, town crier in 2002, and a second father to me, whose example I strive to follow in my daily work at the university.

A Virgin who marks the centenary this year of her arrival in the city on April 6, 1925, Holy Monday, when she was conveyed from the train station to church of Santo Domingo, accompanied in eternal prayer by the brotherhood members, the authorities, and the expectant populace. She symbolizes the sixth sorrow, that of Mary upon receiving the body of Jesus as it was taken down from the Cross, and though it didn't have an easy start, nowadays it turns the hearts of all those who dare to cast a sincere glance into fresh roses.

To some friends, such as Paco or José Jesús, I have confessed that, as someone once said, in private, I feel a certain closeness to the “Marrajos”, and that is because of “The Virgin of Pity”. Congratulations to all their devotees.

Many are surprised by my devotion to Our Lady of Charity, Our Lady of the Rosary, Saint Peter, the Crowned Christ, the “Christ of the Miners”, and “The Virgin of Pity”. I always answer the same: they are deeply rooted in me, planted by my parents, and by someone I loved as a parent.

Part three

The evolution of Cartagena's Holy Week

We all love the processions of Cartagena as they are now, but we must remember that they haven't always been this way, as my parents often reminded me.

This evolution is, in my opinion, caused by constant innovations, economic difficulties, historical disasters, and something very typical of Cartagena, emulation and collaboration.

Identity versus innovation

Theologians tell us that the origins of Holy Week date back to the 4th century AD, when, after Constantine's conversion, the Church took to the streets. This led to the creation of the Order of Penitents, who were required, as penance for public sins, to perform certain penitential acts on Holy Wednesday, some walking with their faces covered or barefoot, to be readmitted on Holy Thursday and receive the sacraments once more.

Few details are known about its development in Cartago Nova, its subsequent theatricalization, and the promotion of the processions by the catholic counter-reformation following the Council of Trent. However, it is certain that in the 17th century,

disordered penitents processed through our city in fulfilment of a vow, accompanied by primitive, small, and light pasos, carried by the faithful, preceded by volunteer musicians, and with images, or “insignias,” humbly dressed and illuminated by four lanterns.

Our processions have overcome obstacles throughout the centuries, introducing improvements, and also some “deteriorations,” but always in a constructive manner.

From 1750, a first wave of renewal began, despite the poverty of the brotherhoods, and the Holy Week of Cartagena became closely associated with the sculptor Francisco Salzillo and others, as the Californians and “Marrajos” commissioned many images to improve the existing ones. These were funded by the senior brothers, anonymous individuals, or guild groups incorporated into the brotherhoods, such as stonemasons, shipwrights, fishermen, etc.

In the 18th century, our Holy Week became firmly established, with the concern, already present then, not to become a mere spectacle. It incorporated an element of intellectual reflection into the processions, though by the end of the 19th century, this began to be replaced by a more passion-driven narrative. This included, for example, the first crucified figure in Cartagena in 1880 by the “Marraja” brotherhood, an anonymous carving from the prison; or the Last Supper in the California procession of 1883.

The conflict over changes is inherent in our Holy Week.

Disputes with the City Council, such as in 1761 when the “Marraja” brotherhood decided, without permission, to move “the encounter” from the Main Square to the more marginal but larger Plaza de la Merced. Conflicts with the Bishop also arose, like when both brotherhoods refrained from participating for several years from 1774 onwards because they were instructed to reduce the luxury in processions and to process during the day to ensure collection before the call to prayer. Internal conflicts within the same brotherhood also occurred, such as the debate between 1880 and 1910 on whether to include Saint John or Saint Peter in front of the Virgin of the First Sorrow.

The press has always held significant influence, particularly certain chroniclers of the city like Manuel González Huárquez, Isidoro Martínez Rizo, or Federico Casal Martínez, whose articles acted as chisels shaping the course of the processions. Throughout the years, there have been discussions and controversies over whether to introduce some changes: artificial flower arrangements, new robes for the images, the type of food and tableware used in the Last Supper. How we cartagenians sometimes love to sift water!

Innovations emerged from the early years, ones that solidified and spread, such as the presence of the armed company in the

Californian processions since their foundation in 1752 and in those of the Resurrected in 1949. They symbolize the executors of Christ, leading to their designation as “Jews.”

Order, perhaps our most genuine characteristic, wasn't always there, and its appearance doesn't seem to be related to the city's military character, but rather to an innovation. The introduction of electric power on the thrones and the penitents' torches around 1914 required them to be connected through cables, establishing a certain order that was already advertised in 1919.

Each group found its personality in its own rhythm, turning it into a distinctive feature. What would the Cartagena processions be without their order now!

Another significant innovation was introduced when a group of “Marrajo” brotherhood members, dissatisfied with the lack of solemnity in many soldiers participating as penitents, began substituting them in some units. The Brotherhood congratulated them and encouraged them to establish in 1926 the first Holy Week association, that of the Holy Sepulchre. What would the Cartagena processions be without their groups now!

Other innovations, however, did not take hold and fell by the wayside, such as when the town council, a hundred years ago, tried to give Holy Week the character of a “spring festival” to attract

tourists, scheduling recreational events mixed with religious ones, and culminating on Easter Sunday with a parade and the “burning of Judas”

Over the years, passion-driven brotherhoods have appeared and disappeared, such as the “Cristo de la Columna” brotherhood, which paraded in 1640, the “Hermandad del Huerto” in 1642, and the “Cristo Crucificado” brotherhood in 1646. Also, the “Cofradía Infantil Sanjuanista” or del “Carmen”, which was founded in 1910, composed of children with a 12-year-old Elder Brother, and disappeared in 1919.

Fortunately for everyone, innovations also reached the realm of equality, and steps have been taken gradually a fair integration of women in Holy Week. This includes their entry into the grenadier unit in 1915, the creation of the first female group in 1943, the establishment of the first mixed unit in 1979, or the appearance of a float carried only by women in 1998. And already in the 21st century, the first women were appointed as stewards, one of them my mother, and the first Sister Superior of a brotherhood was named. It’s good to remember this on International Women’s Day.

Blessed innovations! Let us hope they continue to be introduced in the years to come.

Economic difficulties

Another significant factor in evolution has been economic difficulties.

Today, we have grown accustomed to the announcement of the processions' departure on Ash Wednesday, with the town hall presenting its cheque to ensure their occurrence. But it was not always this way.

Throughout the 18th and 19th centuries, the Californians and the "Marrajos" struggled intensely to secure the funds that would allow them to take the processions and to be the firsts to announce it through the famous "music and to the streets", a hymn for the people of Cartagena.

From each January onwards, the silence heightened the tension. The press encouraged both brotherhoods, challenging them to be worthy successors of their forebears and to raise funds through various means, despite the reluctance of local merchants who were unwilling to contribute more money.

That uncertainty largely came to an end with the emergence of the associations from 1926 onwards. These groups financed the processions of each of their sections and floats, securing voluntary contributions through means such as supplementary water bills or

participation in lottery draws and raffles. In this way, Holy Week was transformed once and for all.

Historical disasters

The processions have been affected by natural disasters, fires, and plague epidemics, such as the one in 1648, which killed many “marrajos”, forcing their suspension until 1663.

Another of the events that has presented both challenges and opportunities for creative and transformative renewal in our Holy Week is warfare, compelling it to start afresh several occasions, sometimes even for the better.

The wars of the 17th century involving the English, Portuguese, Dutch, and Catalans, the secession war in the 18th century, and the War of Independence between 1808 and 1814 halted the processions for several years. These conflicts resulted in the disappearance of luxurious shrouds and jewels, and the use of hoods and robes of penitents as cartridge covers.

The Cantonal Revolution led to a profound transformation when the processions reappeared in 1879, which the press referred to as the “Marrajo-Californio metamorphosis”. This transformation was made possible by the wealth many families gained in the Sierra Minera, with the introduction of the cartagenan thrones

featuring eight panels and an abundance of flowers, designed by the architect Carlos Mancha, which remain today a hallmark of our Holy Week to this day.

And the Civil War, in addition to halting them once again, brought about the looting of archives, vestments, embroidery, and banners, as well as the destruction of many of the images paraded in the processions, including twelve by Salzillo, “blaming them for the faults of others,” as Carmen Conde put it. This significantly diminished the legacy that has survived to the present day.

Emulation and collaboration

I dare to say that the emulation and collaboration among the brotherhoods are two of the factors that have most contributed to the evolution of Cartagena’s Holy Week.

The establishment of the “Californian” brotherhood in 1747 stimulated the “Marraja” brotherhood, sparking a competitive spirit between the “calis” and the “marras” that, for more than two centuries, divided the press and families, causing notable shifts from one faction to the other.

During those times, there was an obsession with proving that one brotherhood outperformed the “rival” across the street, taking decisions that are challenging to comprehend today.

In 1904, for instance, the “marrajos”, unable to participate in the Californians’ processions due to economic reasons, decided to parade the procession of bitterness on Holy Wednesday, March 30, solely to represent the hand washing and appropriate their day and the figure of Pontius Pilate, the most representative at that time.

In 1909, the californians, unable to process on Holy Wednesday due to rain, decided, in response to the “marrajos” inability to organize the Holy Burial procession due to economic reasons, to parade the thrones of the Sorrowful Virgin, Saint John, The Veronica, and a Nazarene Jesus dressed for the first time in a red tunic. This sacrilege cost the “marrajo” Elder Brother his position.

Despite these rivalries, very “cartagenians” in nature, collaboration between both brotherhoods has also been constant. In 1932, faced with the Republican government’s prohibition of military escorts, they reached an agreement where the “marrajo” grenadiers escorted the Virgin of the First Sorrow, and the californians escorted the Virgin of Solitude.

They have also organised joint events to raise funds, such as festivals at the Teatro Circo, Carnival balls at the Teatro Principal, radio campaigns, bullfights, football matches between the two, or Cante Jondo competitions for both amateurs and professional, such as the one organised on 28th August 1930 in the fenced-off area of Alfonso XIII.

Although that rivalry has not disappeared, in my opinion, it has evolved today, partly due to the emergence of other brotherhoods, into a sense of emulation among the groups. It has also led to partnerships between them, because, while one may prefer for “rain on the other”, it is true that a rivalry with mutual respect, recognition, and personal growth is a source of progress, magnification and innovation of our Holy Week.

I dare say that emulation and collaboration among the brotherhoods are two of the fundamental pillars that sustain the processions of Cartagena.

Learning and responsibility

This story of mistakes and successes, sacrifices and joys, devotions and penances reveal that today we cherish the greatest gift a city can offer, its “ancient devotional soul”, a source of pride, and admiration that transcends borders.

We are the sole custodians of the material, immaterial, and human heritage of our Holy Week; it is our responsibility to care for it and pass it on intact to future generations. I invite you all to follow this path, without disturbing the beauty of our noble, sacred, and collective mission with trivial matters and senseless quarrels.

Part Four

Closing: blessed sacrifice

Saint Augustine affirmed that the cross of him who died willingly and as he chose is the path through which God desired to redeem us, the road to resurrection. Thus, we must never part from it: “A cruce Christi noli resilire”. (Commentary on the Psalms, 91:8).

The problem is that in today’s world, we shy away from suffering, sacrifice, and effort, and we want to quickly rid ourselves of our own cross.

Let us reflect in this Jubilee Year of 2025, and be “pilgrims of hope.” Let us step outside ourselves and create, or renew, our communion with God.

To achieve this, we must all experience what Christ the Redeemer did for us, and the processions of Cartagena are an open book in the streets, inviting each person to interpret them in their own way and to rise again each day, in their Kairos, with a pure heart and filled with the joy of the Gospel.

Sometimes I don’t look at Holy Week with my eyes, and that is when it moves me to tears. This is how I invite all cartagenians around the world to experience it in 2025. That is why I encourage you to step out into the streets and take part in a ritual that we cartagenians pass down from generation to generation.

I shall take my leave now, but not without proclaiming to the four winds that I am a son of the Jerusalem of Hispania and deeply in love with Cartagena. A love passed down to me by Laly and Gonzalo, and one which, following their example, will live on in my descendants.

I am hopeless, I know it's an anonymous romance because my city doesn't even realize it.

I am in love with you, Cartagena,
in love with your open-hearted brotherhood soul,
in love with your land of recurring passion,
in love with waiting for you and living you.

I am in love with you because you are what I always wanted.

I am in love with you, Cartagena,
in love with your brotherhood's colours: black, red, purple, and white,
in love with your organized silences,
in love with your lights and your flowers,
in love with you,
because you are what I always wanted.

I belong to you.

Thank you, Dad, for creating this romance.

Thank you, Cartagena, for embracing it.

Thank you, Mum, for igniting it.

Thank you, fellow brotherhood members, for supporting it.

Thank you, Virgin of Charity, for guiding it.

Thank you, Lord, for watching over it.



